

JOSÉ LUIS PINILLOS

LA PERSONALIDAD HUMANA Y EL ORDEN SOCIAL

Esta tarde, con ocasión de nuestro primer contacto académico, desearía que reflexionáramos sobre una cuestión psicológica que ha preocupado siempre a los teóricos de nuestra disciplina¹. Me refiero al antiguo problema del determinismo psicológico, y, más concretamente todavía, a uno de sus aspectos más vitales, a saber, el relativo al impacto humano del orden social. Las relaciones entre la estructura social y la personalidad humana constituyen, en efecto, una dimensión importante y muy actual de semejante problema, y acerca de ellas, insisto, desearía que teorizáramos juntos en esta ocasión.

Pero antes de entrar de lleno en el problema, quizás deberíamos considerar durante algunos minutos un asunto previo, que afecta al sentido de toda nuestra exposición. Estoy pensando, al decir esto, en la crisis de teoría que desde hace ya tiempo parece afectar a la Psicología positiva y que, a menudo, se traduce en una actitud de recelo ante toda aportación psicológica que no aparezca expresada en una laboriosa formulación estadística o justificada por un practicismo a corto plazo. Tal actitud empirista se ha generalizado en la Psicología actual más de lo que parece, aunque probablemente constituye una auténtica rémora para el progreso real de nuestra disciplina. Como quiera que ello sea, lo cierto es que la teoría psicológica es percibida con recelo —o al menos descuidada— en amplios círculos universitarios y de aplicación práctica. El hecho, pues, de que esta conferencia presente un deliberado matiz teórico, exige quizás que su autor trate de exponer las razones que le han impulsado a adoptar una postura teórica un tanto insólita en la escena psicológica contemporánea.

CRISIS DE TEORÍA

Hace varias centurias, Manuel Kant escribió una frase que todos los psicólogos deberíamos considerar cuidadosamente: "Sin la ayuda del expe-

¹ Estas páginas constituyen el texto de una conferencia pronunciada por el autor en la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela, en 1960.

rimento, la teoría anda coja; pero, a su vez, el experimento sin teoría camina a ciegas." Es el caso, empero, que los psicólogos nos hemos desentendido un tanto del precepto kantiano, y en nuestra disciplina se advierte hoy en día una notable falta de integración entre los componentes teóricos y empíricos de la ciencia. De una parte, preciso es confesarlo, la Psicología europea se ha dejado llevar con frecuencia de la especulación teórica carente de base empírica. Pero de otro lado, tampoco cabe negar que nuestros colegas anglosajones han incurrido a menudo en el defecto contrario, acumulando montañas de datos cuyo significado psicológico es prácticamente nulo. Creo que sin gran esfuerzo podrían citarse ejemplos de extremismo en ambas direcciones. Así, vaya por caso, la abundante literatura caracterológica europea puede ilustrarnos acerca de lo que ocurre cuando la especulación teórica no está moderada por el prosaico rigor de los datos. De otra parte, el que esté familiarizado con el movimiento factorista, por ejemplo, sabe asimismo hasta qué punto la técnica estadística más depurada puede ponerse al servicio de futilidades psicológicas.

Que esto último es así, que no se trata de comentarios gratuitos procedentes de un "filósofo", lo revela entre otras muchas cosas el hecho de que el mismo Thurstone, nada sospechoso de espíritu anti-psicométrico, solía prevenir a sus alumnos contra el abuso de las técnicas estadísticas. Thurstone, al parecer, acostumbraba a decir que un coeficiente de correlación no era mucho más que una confesión de ignorancia, y nadie más que él ha insistido en señalar que el análisis factorial no es un instrumento mágico para "producir" ideas psicológicas, sino una modesta técnica que sirve para comprobar o rectificar las que ya se tienen. El planeamiento de sus análisis factoriales le llevaba a Thurstone mucho más tiempo que su realización material, al revés de lo que parece ocurrirles a algunos de sus seguidores que se deleitan en factorizar lo que no entienden.

En modo alguno se pretende insinuar con estos comentarios que la Psicometría constituye una rama superflua de la Psicología. Lo que se pretende señalar es que de la misma manera que se ha dado un abuso de la teoría, estamos asistiendo ahora a una hipertrofia del dato. Mucho se ha hablado, y con razón, contra el exceso de la teoría infundada, pero quedan, asimismo, muchas cosas por decir en torno al exceso de empirismo que amenaza con adueñarse de la Psicología. Porque la realidad es que, quizás como reacción ante las fantasías especulativas de algunos teóricos, se ha desarrollado en muchas partes una auténtica beatería psicométrica, un fetichismo del dato, que puede ser tan excesivo y perjudicial como el extremismo teorético. Dentro del movimiento pendular de la ciencia que va de la teoría al dato, la Psicología actual se ha escorado de forma manifiesta hacia la borda empirista del proceso. De hecho, el empirismo psicológico actual se ha concentrado, a mi juicio, en dos posturas fundamentales: la preocupación por la medida y la acumulación de datos, y la preocupación por los

resultados prácticos. Psicometría y Psicología aplicada, en otras palabras. En su favor hay que declarar que la teoría sin experimento condujo efectivamente a ciertas facciones de la Psicología a algo muy semejante al delirio interpretativo. Pero ello no exime al psicólogo de perder de vista la circunstancia de que el empirismo sin ideas degenera, a su vez, en el cretinismo numérico y en la práctica rutinaria. Para hacer ciencia, desde luego, no basta con llevarse la mano a la frente y ponerse a pensar; pero *también* hay que pensar. Glosando al famoso médico español Letamendi, cabría decir que quien sólo sabe medir, ni siquiera medir sabe. En verdad, nada hay más práctico que una buena teoría.

En suma, parece como si el aparato matemático de la Física y el deslumbrante espectáculo de la Técnica hubieran impulsado a la Psicología a poner el carro delante de los bueyes, sin caer en la cuenta de que la formalización matemática de un saber, y su proyección técnica, pueden ser más bien la consecuencia que la causa de su desarrollo.

Aunque semejante actitud empirista está bastante generalizada, como decimos, no es compartida, sin embargo, por la totalidad de los psicólogos. Con independencia de nacionalidad, escuela, credo político o confesión religiosa, los autores de propensión más experimentalista se oponen a tal exceso de Psicometría y practicismo. Autores tan distintos, en efecto, como Michotte, Piaget, Pieron, Köhler, Tolman, Eysenck, Smirnov o Leontiev, consideran que el abandono de la reflexión teórica y el frenesí psicométrico no pueden llevar muy lejos a la Psicología. En los círculos experimentalistas existe la creencia de que el mero contacto con la matemática no basta para conferir rango científico a las irrelevancias psicológicas. En otras palabras, en estos sectores de nuestra disciplina siempre ha habido aguda conciencia de los complejísimos problemas teóricos que subyacen a la medida psicológica. Y es que, como repetidamente se ha hecho notar, nuestra familiaridad subjetiva con los fenómenos de conciencia y con nuestro comportamiento nos impulsa a suponer que el psiquismo humano está *ahí*, como un paisaje desplegado, en espera de ser tranquilamente observado y descrito por nuestro sentido común o por unos instrumentos psicométricos capaces de amplificar y perfeccionar nuestras observaciones.

La verdad es, empero, que semejante supuesto carece de validez científica. Porque lo que en verdad constituye el objeto formal de nuestra ciencia no son tanto los fenómenos de conciencia o de comportamiento, como su estructura y relaciones funcionales. Los fenómenos son inagotables en su diversidad, en sus cambios y transformaciones. Si la Psicología se limitara a registrar observaciones y a acumular datos sin un criterio teórico de selección, ordenación e interpretación, sus resultados servirían más bien para confundir que para aclarar el funcionamiento de la realidad humana. La ciencia, también la ciencia psicológica, observa, mide, describe fenómenos, desde luego; pero lo hace sistemáticamente, esto es, de acuerdo

con unos principios y unas hipótesis que se infieren a partir de la observación de los fenómenos, pero que en sí mismo no son observables. En otras palabras, las regularidades funcionales del psiquismo y el comportamiento humanos no están ahí, al alcance de la mano, en espera de su fácil catalogación y cómoda medida; esas estructuras hay que averiguarlas trabajosamente en virtud de un interminable juego de teorías y verificaciones. Tales estructuras —que son las que en toda ciencia permiten agrupar fenómenos previamente dispersos y pronosticar acontecimientos imprevisos— no están ahí, al alcance del sentido común, sino que sólo se revelan gradualmente al que las estudia con la ayuda del método de la ciencia. En otras palabras, para ser psicólogo no basta con disponer de unos instrumentos de observación del psiquismo y del comportamiento, porque el psiquismo y el comportamiento tiene que construirlos en cierta manera el investigador mismo. Por muy perogrullesco y vulgar que ello parezca, permítanme añadir que la Psicología consiste en algo mucho más complicado que aplicar unos tests. Como muy certeramente señala Smirnov al comienzo de su Psicología, la comprensión cabal de los fenómenos psíquicos constituye uno de los grandes problemas de la ciencia. Muy a menudo se olvida, en efecto, que fue un teórico, un teórico con aspiraciones metafísicas por más señas, quien puso con sus *Elementos de Psicofísica* los cimientos de la actual Psicometría. Fue Gustavo Fechner quien con su Psicofísica y su Estética experimental hizo efectivamente posible la existencia de quehaceres psicológicos tan prácticos y productivos como el actual diseño de etiquetas y empaquetados comerciales.

En fin, ignoro si lo dicho aclara suficientemente las razones que me han llevado a buscar un tema de marcado matiz teórico para la conferencia de esta tarde. Los psicólogos necesitamos reivindicar el papel de la teoría frente al empirismo, y ello no tanto en nombre de unos principios metafísicos, como en virtud de las propias exigencias científicas del quehacer psicológico. Tengo para mí que reflexionar sobre problemas tan generales como éste del determinismo psicológico a que vamos a referirnos, constituye una actividad científica tan aceptable y necesaria como el análisis más estricto de una matriz de intercorrelaciones.

Pero pasemos de una vez al estudio de nuestro problema.

NUESTRO PROBLEMA

La consideración de las relaciones entre el orden social y la personalidad humana plantea una serie de graves cuestiones difíciles de resolver de forma terminante. Planteada la cuestión de una forma muy general, la respuesta parece muy sencilla, aunque en realidad veremos que no lo es. Esto es, podemos preguntarnos simplemente si el orden social en que el

hombre vive, influye en alguna manera en su personalidad, y la respuesta obligada es un terminante "sí". Ahora bien, cuando se habla de determinismo psicológico la cuestión que se plantea es más profunda que la de una cierta influencia del medio sobre el individuo.

Desde hace muchos siglos, espiritualistas y materialistas defienden en esto posturas antagónicas, al parecer irreconciliables y al parecer indestructibles. Para los materialistas, el psiquismo humano es un reflejo de la realidad material, una especie de subproducto elaborado por el cerebro bajo la estimulación material del medio. Para los espiritualistas, en cambio, los fenómenos de conciencia emanan de una suerte de principio psíquico inmaterial, caracterizado por ciertas notas de sustantividad y autonomía frente al medio. Las posturas, repito, son antagónicas, y ambas cuentan con el apoyo de hechos y argumentos importantes. Hoy, sin embargo, es preciso reconocer que existen hechos que apoyan ambas posiciones y que suavizan los extremismos polémicos de antaño. Hoy en día, por ejemplo, la escuela rusa condena la postura simplista de los que afirman que el pensamiento es segregado por el cerebro en igual sentido que la bilis lo es por la vesícula. Existen hechos, insisto, que impiden la adopción de actitudes tan tajantes.

En primer lugar, como los neobehavioristas norteamericanos han terminado por aceptar, y como ya Pavlov mismo había señalado hace tiempo, la ecuación clásica del behaviorismo es insuficiente para dar cuenta del comportamiento psicológico. La respuesta (R) no es función exclusiva del estímulo (S), sino que es producida adaptativamente por el sujeto en función de una finalidad propia. Los reflejos, innatos y adquiridos, constituyen una estructura reguladora del organismo, una especie de central de autorregulación subjetiva, en cuya virtud el sujeto de conducta no responde de una manera dócil y ciega a la presión del medio, sino que reacciona ante él con las respuestas más apropiadas para la supervivencia. Pavlov, insisto, y muchos otros biólogos y psicólogos han admitido la existencia de estructuras subjetivas de regulación que garantizan dentro de ciertos límites la autonomía y sustantividad del organismo frente al medio. La evidencia de semejantes estructuras, en diversos niveles de adaptabilidad, ha tenido como consecuencia la transformación de la ecuación behaviorista básica, $R = f(S)$, en otra menos radicalmente determinista, donde entre la estimulación y la respuesta se admite la mediación de unas variables intermedias, que intervienen para elaborar adaptativamente las respuestas subjetivas a la estimulación ambiental. La ecuación inicial ha quedado, pues, formulada de la forma siguiente:

$R = f(S, V_i)$, donde V_i está por variable intermedia. Claramente se advierte que estas variables intermedias representan matemáticamente la subjetividad individual. La aceptación, pues, de semejantes variables significa que el neobehaviorismo de un Tolman o incluso de un Hull ha dado

un paso atrás en relación con el concepto determinista del comportamiento. Tales variables representan, en efecto, la admisión de una intencionalidad subjetiva que interviene activamente entre la estimulación y la respuesta.

Esto, por un lado. Por otro, el hecho indiscutible del progreso humano, el hecho de que el hombre sea un ser de cultura creador de su propio ambiente, tampoco es favorable a una interpretación literal del psiquismo como puro reflejo de la objetividad material externa. Por supuesto, las vivencias humanas reflejan en alguna manera la realidad exterior; sobre esto caben pocas dudas razonables. Pero tan cierto como ello parece que semejante reflejo no consiste en una duplicación pasiva y dócil de la realidad exterior. En alguna manera, el psiquismo humano elabora las excitaciones ambientales y las confiere una dimensión inédita que se traduce en el hecho de la cultura y el progreso. De aquí que el ámbito del comportamiento social haya constituido durante mucho tiempo uno de los reductos más inexpugnables de los partidarios del espiritualismo. En el orden del acontecer social, el comportamiento del hombre parece evadirse de la férrea tenaza determinista que le condiciona en cuanto objeto físico sujeto a las leyes de la gravedad, etc. En este ámbito, los conceptos de independencia y libertad frente al medio parecen gozar de plena aplicación. Pero ¿ocurren las cosas realmente así? ¿Cabe afirmar que el comportamiento social del hombre represente un mentís a las tesis deterministas del materialismo?

Mucho me temo que las cosas sean un poco más complicadas de lo que parecen a primera vista. Si las cosas fueran de esa manera, la Psicología social sería imposible y esta conferencia habría llegado a su término. La ciencia actúa en el supuesto de que existen regularidades funcionales susceptibles de ser descubiertas y, en ocasiones, modificadas por la manipulación de sus condiciones. Si el orden social en que el hombre vive inscrito no determinara en alguna manera su comportamiento y sus vivencias, las posibilidades de estudiar científicamente la conducta social humana quedarían notablemente reducidas. Más aún: Si el determinismo social no constituyera una realidad operante, el estudio científico del psiquismo superior del hombre quedaría notoriamente limitado en sus posibilidades. Dicho de otra forma, la parte del psiquismo superior humano explicable en términos puramente materiales es probablemente reducida. No es el ambiente material en cuanto tal, sino su dimensión significativa, esto es, la circunstancia social, lo que más puede ayudar al psicólogo a cerrar el cerco científico en torno al comportamiento superior del hombre.

Semejantes supuestos deterministas de la Psicología social chocan probablemente con las ideas cotidianas que muchas personas tienen acerca de la libertad humana. Quizás convenga, por consiguiente, discutir un poco más este concepto de determinismo social a que venimos refiriéndonos.

MECANICISMO Y DETERMINISMO

Excepto en los ámbitos filosóficos preocupados con estos problemas, los conceptos de mecanicismo y determinismo suelen usarse indistintamente como sinónimos. Tal fallo en la distinción de conceptos contribuye, a nuestro juicio, a enturbiar la comprensión del problema que nos ocupa. Porque considerada la cuestión desde tales supuestos, es bastante obvio que el hombre es un ser libre. Dicho de otra manera, asumiendo que los términos mecanicismo y determinismo son sinónimos, está fuera de toda duda razonable el hecho de que el hombre no actúa mecánicamente al dictado de las excitaciones ambientales más que en planos muy inferiores de su comportamiento. Ciertamente, si uno resbala en una cáscara de plátano o rueda por una escalera, su comportamiento puede explicarse más o menos en términos mecánicos. Pero en el orden del comportamiento adaptativo, sobre todo en el superior, está igualmente claro que el ser humano se comporta de forma muy distinta, respondiendo o dejando de responder a las excitaciones ambientales en virtud de una finalidad subjetiva y de acuerdo con una variabilidad instrumental de respuestas que no se parecen en nada a las reacciones estereotipadas que cabría esperar de una actuación mecánica. En otras palabras, parece difícil de negar que en el orden instrumental, esto es, en cuanto a la capacidad de elegir medios distintos para alcanzar una finalidad propia, el comportamiento humano goza de una notoria libertad. Esto parece cierto; es decir, el comportamiento humano resulta imposible de explicar mecánicamente en el sentido de que a toda excitación "A" siga siempre una misma reacción "B". Lo que ocurre, sin embargo, es que esto es irrelevante para nuestro problema. Porque es el caso que pueden existir, y existen, otras maneras más sutiles de determinar el comportamiento humano.

La consecuencia que cabe extraer de semejantes hechos es la de que el hombre no se comporta mecánicamente, esto es, al dictado de una causalidad eficiente donde a cada causa sigue necesariamente un mismo efecto. Es decir, lo que cabe deducir es que el comportamiento del hombre no encaja del todo dentro de un patrón mecanicista del determinismo. Lo cual, como ustedes ven, en manera alguna equivale a decir que el hombre es libre y no está determinado por la estructura del medio en que vive.

Hay, en efecto, otras formas de determinación distintas de la mecanicista clásica. Dé seguro, el comportamiento social del hombre es intencional; *lo que ocurre es que es esa misma intencionalidad la que puede estar determinada por el medio*. Dicho de otra forma, es claro que el hombre se comporta intencionalmente, esto es, es relativamente libre en cuanto a la elección de medios muy diversos para la consecución de sus fines. Lo que pasa es que estos fines mismos están profundamente condicionados por la estructura social del ambiente en que se mueve. El hombre, en suma, puede

ser libre de elegir medios para conseguir fines que pueden venirle impuestos. *Libertad en los medios; necesidad en los fines*, tal sería, en definitiva, un balance un tanto grosero de la situación en el problema que nos ocupa.

Es evidente que mientras la Psicología ha tratado de buscar regularidades psíquicas superiores con un criterio mecanicista, no ha encontrado apenas nada. El concepto de libertad es fácil, pues, de defender contra los ataques de un determinismo de esta índole. Pero tengo para mí que no va a ocurrir lo mismo cuando enfoquemos la cuestión desde un nivel superior, esto es, desde el punto de vista de un determinismo de fines en vez de desde el ángulo de un determinismo de medios. Afrontada así la cuestión, es la misma raíz intencional del comportamiento la que aparece determinada, y a veces en grados bastante notables, como vamos a tener ocasión de ver. La pregunta que tenemos, pues, en los labios es la siguiente: ¿Qué ocurre en Psicología si en lugar de centrar nuestra atención en el impacto mecánico del ambiente material sobre el comportamiento humano, nos fijamos en las relaciones entre el comportamiento intencional del hombre y la estructura o dimensión significativa del ambiente social en que vive?

PSICOFÍSICA Y PSICOLOGÍA SOCIAL

En tal caso, esto es, si enfocamos las cosas en la forma indicada, lo que ocurre es que automáticamente nos colocamos en el terreno de la Psicología social. Dentro de la primera orientación, lo que se hace es buscar relaciones funcionales entre la naturaleza física del estímulo y la respuesta del sujeto; esto es, se hace fundamentalmente Psicofísica. Adoptando, en cambio, el segundo punto de vista, se trata de establecer relaciones funcionales entre la dimensión significativa o simbólica del estímulo y las respuestas o comportamiento del sujeto; esto es, se hace fundamentalmente Psicología social. La diferencia a que aludimos puede ilustrarse más claramente si se piensa en la diferencia que existe entre el contenido cromático de una bandera roja y su significado como señal de peligro, como símbolo político, etc.

En sus comienzos, cuando Wundt estableció su primer laboratorio, la Psicología experimental era predominantemente Psicofísica y Psicofisiología. El psicólogo estudiaba de modo especial la relación entre ciertas dimensiones materiales del ambiente —luces, sonidos, etc.—, y las respuestas subjetivas a semejantes tipos de estimulación, ayudándose para ello con los conocimientos que la Fisiología de su tiempo podía ofrecer acerca de los procesos neurofisiológicos de mediación. Es lógico que esta orientación no arrojara excesiva luz acerca del comportamiento del hombre, cuyo psiquismo superior quedaba así como sustraído al poder investigador de la ciencia. En los últimos años de su vida, Wundt vivió profundamente estas limita-

ciones de su disciplina —que ya había entrevisto desde los comienzos— y murió con la convicción de que la Psicología experimental constituía un saber a extinguir. En otras palabras, Wundt creyó que el camino de la Psicología experimental estaba agotado, y que la única vía para comprender el psiquismo superior del hombre estribaba en el estudio de la sociedad y de sus creaciones culturales. En lo sustancial, el gran maestro estaba quizás en lo cierto, aunque no llegó a percibir que la Psicología experimental no se agotaba en la Psicofísica y que las dimensiones sociales de la estimulación ambiental también eran susceptibles de ser estudiadas científicamente. Dicho de otra manera, Wundt se dio cuenta de que, por sí solas, la Psicofísica y la Psicofisiología no podían llegar jamás a dar cuenta cabal del comportamiento humano, y de que para ello era preciso acudir al estudio de la circunstancia social. La Psicología actual no ha seguido el camino que Wundt eligió para incorporar a nuestra disciplina un contenido social, pero lo ha incorporado a fin de cuentas. Pues a poco que se reflexione se cae en la cuenta de que la moderna Psicología social es en buena medida una Psicología experimental donde la estimulación no sólo se estudia en su dimensión material intrínseca, sino también en su dimensión significativa o simbólica.

Y aquí radica, a mi entender, el fondo de la cuestión. Considerado en su mera materialidad, el poder determinante del ambiente sobre el comportamiento humano es bastante limitado, al menos por lo que a sus aspectos superiores se refiere. Lo cual equivale a decir que una concepción predominantemente psicofísica de nuestra disciplina ha de tropezar con obstáculos casi insuperables para explicar el comportamiento social del hombre. Pero si las relaciones ambiente-respuesta se buscan en el plano en que deben buscarse, esto es, entre la intencionalidad y la dimensión significativa del ambiente, entonces se comprobará la profundidad de la famosa frase de Ortega: “Yo soy yo y mi circunstancia”. Si el psicólogo busca donde es debido las relaciones funcionales entre el ambiente y el comportamiento, inevitablemente ha de llegar a la conclusión de que existe un acusado determinismo social de tipo finalístico.

Es cierto que el testimonio de la propia experiencia subjetiva, así como la existencia de un progreso cultural y de una creación técnica, artística, etcétera, sugieren que semejante determinismo social no es absoluto. Tampoco las relaciones entre la estructura social y la personalidad humana son perfectas y puntuales; hay en ellas un evidente margen de indeterminación, por lo menos en cuanto podemos juzgar desde el estado actual de nuestros conocimientos. Pero una cosa no necesita ser perfecta para existir, y la realidad es que, sin lugar a duda razonable alguna, existe una determinación social del comportamiento humano —una determinación que en ocasiones llega a extremos dramáticos—. Es más, el mismo hecho del progreso técnico y económico parece contribuir a intensificar el rigor de semejante determinismo. Abusando de la paradoja, podríamos decir que el hombre resulta

crecientemente aprisionado por sus propias creaciones. La "inercia" de las instituciones, las exigencias específicas de las estructuras económicas, el peso de la técnica, le constriñen y atan cada vez con mayor rigor al destino impersonal de su propia obra. El tipo de educación, la estructura familiar, la organización política, las relaciones de trabajo, los medios colectivos de comunicación, la infraestructura técnica y económica de una sociedad, imprimen más y más intensamente sus huellas sobre la intencionalidad individual, determinando de antemano los fines y valores a cuya "libre" consecución va a consagrarse después el individuo. No de forma absoluta, pero sí en una gran medida, la sociedad en que se vive predetermina los valores que orientan el comportamiento individual. Jugando un poco con las palabras, cabría decir que de la clase de sociedad en que se vive depende la clase de "libertad" que uno tiene. Esto es, el sujeto persigue libremente la consecución de unos objetivos que previamente, y sin su consentimiento, le han sido implantados en gran medida por la sociedad en la raíz de su psiquismo.

De hecho, toda la Psicología social científica descansa en el supuesto más o menos explícito de que existe algún tipo de determinismo social: Es decir, sin este supuesto la disciplina carecería de sentido en cuanto saber de regularidades. En consecuencia, el mero hecho de que tal disciplina exista y se cultive en el mundo sirve de apoyo a cuanto llevamos dicho, y demuestra que nuestras afirmaciones sobre el determinismo social no son gratuitas. Sin embargo, quizás no esté de más presentar ante ustedes alguna evidencia científica concreta, donde semejantes relaciones funcionales entre la estructura social y la personalidad humana aparezcan con tintes evidentemente acusados.

LA EVIDENCIA CIENTÍFICA

Como ya hemos dicho, la obra de los psicólogos sociales constituye en definitiva una corroboración más o menos indirecta de la tesis del determinismo social. Por supuesto, los resultados de la investigación sociológica, antropológica y de otras disciplinas afines, apuntan también en igual sentido. Desde las tesis de Saussure y Whorff sobre la naturaleza social del lenguaje y su influencia sobre los modos de pensar, hasta las teorías de Freud y de H. Mead sobre la génesis de la conciencia moral, pasando por los estudios de antropología social comparada, cabría citar en apoyo de nuestros conceptos toda una serie de variadísimos trabajos que demuestran de manera impresionante el alcance y la profundidad del influjo que la sociedad ejerce sobre la personalidad humana.

En lugar de recurrir a esta posible recopilación erudita, voy a presentar ante ustedes los resultados concretos de unos cuantos trabajos que quizás reflejen de forma más detallada el fenómeno que pretendemos estudiar. El

primero de ellos hace referencia al conocido tema de las simpatías y antipatías nacionales.

Desde hace más de treinta años, en efecto, sociólogos y psicólogos han estudiado las preferencias nacionales de diversos grupos sociales, muy especialmente las preferencias manifestadas por grupos de estudiantes universitarios. Personalmente, a lo largo de un trabajo llevado a cabo durante estos años en la Universidad de Madrid, he tenido ocasión de estudiar las preferencias étnicas de varios grupos de universitarios, y he llegado a la conclusión de que tales preferencias poseen un alto grado de estabilidad y uniformidad. La mera inspección de los coeficientes de correlación de rango calculados entre los resultados de los distintos grupos demuestra de manera terminante que, por lo que respecta al modo de responder a nuestro test de preferencias nacionales, la uniformidad es notoria. Y ello a despecho de que invariablemente, en todas las encuestas, los sujetos protestaban de que se les obligara a opinar sobre cosas tan "relativas", acerca de las que cada cual iba a responder arbitrariamente como le pareciera, esto es, de modo completamente "subjetivo". Todos, en efecto, opinaban como les parecía y "subjetivamente", pero todos coincidieron sustancialmente en su "subjetivismo", todos concluyeron por tener "pareceres" muy similares. Como les decía antes, la simple inspección de las correlaciones entre las preferencias nacionales de estas diversas muestras de universitarios da una clara idea de la uniformidad de pareceres vigente en una esfera aparentemente tan subjetiva y personal como las simpatías o antipatías hacia otros países. A pesar de que la composición de los grupos varía, a pesar de que las encuestas se han realizado en años distintos y en facultades diversas, lo cierto es que todos los grupos universitarios estudiados manifiestan actitudes étnicas muy similares.

Si aceptamos que estas pruebas de actitudes reflejan en cierta manera la disposición interna de estos universitarios hacia determinados países o grupos étnicos, y hay muchas razones para aceptar semejante hipótesis, nos encontramos ante un evidente caso de condicionamiento social. Por supuesto, la expresión de semejantes actitudes puede adoptar formas muy variadas; pero a despecho de tal variabilidad expresiva, el contenido intencional de todas ellas presenta una estabilidad notoria. Esto es, la dirección y signo de las preferencias étnicas de los estudiantes universitarios españoles posee una estructura muy estable que no cabe atribuir a factores innatos, sino que debe explicarse por factores de tipo social e histórico. Tal estabilidad es tan acusada, que basta, por ejemplo, saber que una persona procede de un medio universitario español para estar seguro de que en nueve casos de cada diez, los italianos, vaya por caso, le son más simpáticos que los ingleses. Es muy difícil, repito, pronosticar la forma concreta en que esas preferencias van a manifestarse en un caso dado, pero el pronóstico de tipo intencional es correcto en una gran mayoría de los casos.

He aquí, en la tabla I, los coeficientes de correlación de rango calculados entre las preferencias nacionales de seis grupos universitarios españoles de distintas facultades, edades y sexos, procedentes de sondeos efectuados en los últimos años.

TABLA I

Coefficientes de correlación de rangos entre las preferencias nacionales de seis grupos universitarios españoles (N = 215)

	Grupo B	Grupo C	Grupo D	Grupo E	Grupo F
Grupo A (1954)	0'78	0'77	0'92	0'90	0'91
Grupo B (1955)		0'88	0'89	0'87	0'90
Grupo C (1955)			0'83	0'82	0'85
Grupo D (1956)				0'84	0'88
Grupo E (1958)					0'88
Grupo F (1960)					

Prácticamente, pues, los seis grupos universitarios manifiestan disposiciones étnicas muy similares, a pesar de las variaciones individuales en la composición de los grupos. Semejante estabilidad disposicional parece, además, que desborda los medios universitarios españoles y es relativamente constante en la cultura occidental. Si, por ejemplo, comparamos las preferencias de los grupos españoles actuales con las manifestadas por grupos norteamericanos de hace treinta años, observaremos con sorpresa que los coeficientes de correlación continúan siendo altos, demostrando la continuidad de estas estructuras disposicionales a través del tiempo y de las fronteras. He aquí, en la tabla II, un ejemplo de lo que venimos diciendo.

TABLA II

Coefficientes de correlación de rango entre las preferencias étnicas de tres grupos norteamericanos de los años 30, y las de seis grupos universitarios españoles actuales.

	Grupo de Bogardus	Grupo de Thurstone	Grupo de Katz-Braly
Correlaciones de las preferencias de los universitarios españoles con las de los grupos expresados ...	0'66	0'73	0'77

Todas las correlaciones mencionadas son significativas al 1 %, lo cual demuestra que a pesar de las variaciones de latitud, época, cultura, etc., de los diferentes grupos encuestados, se mantiene una estructura preferencial estable en este ámbito de la intencionalidad. Trabajos de Klineberg, Kelhn y otros, han demostrado por su parte que semejantes estructuras

disposicionales son altamente estables en los pueblos de Occidente, y *diferentes* de las que rigen en otras culturas ².

En suma, y para concluir con este tema, está claramente demostrado que el mero conocimiento de ciertas variables de referencia, como son la nacionalidad y el grado de formación cultural, permiten pronosticar con un elevado grado de probabilidad las disposiciones preferenciales de los sujetos en un campo como el de las simpatías y antipatías étnicas. Por supuesto, el pronóstico no es perfecto, y se mueve en el orden de las disposiciones intencionales más que en el de las acciones concretas, pero el pronóstico *existe* y es una prueba difícilmente refutable del determinismo intencional a que aludíamos más arriba.

Comentemos algún ejemplo más.

LA DISTANCIA SOCIAL

En otras experiencias llevadas a cabo en la Universidad de Madrid y en varios Centros de Organización Industrial, aplicamos últimamente unas escalas de distancia social tipo Bogardus. Como es sabido, semejantes escalas pretenden estimar la distancia social, en este caso la que separa a los grupos universitarios colocados en empresas industriales, de otros grupos de trabajo de posición socio-económica inferior. La escala utilizada en este caso constaba de una serie de cuestiones tales como "¿admitiría a un obrero en la familia?", "¿viviría en el mismo barrio que él?", etc., a las cuales los universitarios debían responder afirmativa o negativamente, pensando en los obreros y empleados administrativos de sus propias empresas. Así, por ejemplo, si el universitario no deseaba admitir en la familia a un obrero típico de su empresa, contestaba que no en la columna correspondiente, aunque a otra cuestión más superficial pudiera contestar afirmativamente después; esto es, la misma persona que se negara a admitir a un obrero en la familia podría, sin embargo, contestar en sentido positivo a otra pregunta como la siguiente: "¿Charlaría con él un rato en un descanso del trabajo?"

En la tabla III van a encontrar ustedes el número de contestaciones positivas y negativas de un grupo de universitarios españoles que trabajan en cuestiones de Personal y Relaciones Industriales en empresas del país, relativas a cuestiones que suponen distintos grados de intimidad o acercamiento social. Aunque la experiencia fue un poco más compleja, nos limitaremos a dar a conocer resultados relativos a la actitud de los universitarios

² Una exposición más reciente de este punto puede verse en nuestro estudio sobre Alemania publicado en el volumen *Deutschland von außen gesehen*, de ARNOLD TOYNBEE y otros. Editorial Scherz, Berna, 1963.

frente al grupo obrero y al grupo administrativo de sus respectivas empresas. En la tabla recogemos tan sólo algunas cuestiones representativas, advirtiéndole al lector que en experiencias posteriores hemos obtenido resultados muy similares a estos.

TABLA III

Número de respuestas afirmativas y negativas dadas por un grupo de 37 universitarios colocados en la industria, en relación con las cuestiones que se indican.

<i>Cuestiones:</i>	OBREROS		OFICINISTAS	
	Sí	No	Sí	No
¿Les admitiría en la familia?	1	36	12	25
¿Viviría en su misma casa?	2	35	14	23
¿Les llevaría a una reunión de amigos? ...	2	35	15	22
¿Iría al teatro o al cine con ellos?	6	31	18	19
¿Haría una excursión con ellos?	16	21	27	10
¿Charlaría un rato con ellos en un descanso del trabajo?	32	5	36	1

Desde luego, es difícil hacer generalizaciones partiendo de muestras tan pequeñas como la utilizada en el caso anterior. Pero el hecho de que en experiencias posteriores hayamos obtenido resultados muy parecidos, induce a pensar que, efectivamente, la proporción de universitarios colocados en la industria que mantienen una actitud de distanciamiento con respecto a los obreros y oficinistas es considerable. Planteada la cuestión de otra forma, ello equivale a decir que el mero hecho de saber que una persona pertenece al grupo social mencionado, permite pronosticar con un notable grado de precisión cuáles van a ser sus disposiciones o actitudes básicas en la relación con los grupos de obreros y empleados administrativos. De seguro, en algunos casos nuestras predicciones resultarán fallidas; pero en una buena proporción de casos, digamos de un 75 u 80 %, acertaremos en lo fundamental. Dicho de otra forma, siempre será muy difícil pronosticar en qué forma concreta van a expresarse semejantes disposiciones intencionales, pero en ocho casos de cada diez acertaremos en lo que se refiere a la naturaleza general de tal disposición.

De nuevo, pues, resulta posible establecer relaciones funcionales probabilísticas entre la estructura social y las estructuras intencionales de la personalidad humana. Si a esto no se le quiere llamar determinismo social, que no se le llame. Pero lo es.

EL PRESTIGIO PROFESIONAL

Desde hace tiempo, estructuralistas y culturalistas polemizan acerca de la influencia relativa que los factores culturales y técnicos ejercen, respectivamente, sobre las actitudes sociales. Para los sociólogos de propensión estructuralista, el impacto de la infraestructura técnico-económica de la sociedad industrial es muy superior al peso de la tradición cultural autóctona. En otras palabras, según ellos, el efecto unificador de la infraestructura industrial acaba por anular las peculiaridades y singularidades propias de cada tradición cultural. Según los culturalistas, en cambio, las tradiciones culturales se sobrepone a las tendencias niveladoras de la industrialización y son las que realmente pesan en la conformación social de las personas.

Para empezar, reparemos en que ambas tendencias dan por supuesto que el medio configura la mentalidad individual, implantando en ella unos contenidos y unas estructuras de actuación. La divergencia radica no en la negación del influjo social sobre el individuo, sino en la elección del tipo de estructura social que es más eficaz en tal sentido. A pesar de la unidad de fondo de ambas posturas, conviene mencionar los resultados de ciertos estudios comparativos que manifiestan de manera bastante acusada el influjo que pueden llegar a ejercer las estructuras sociales sobre las actitudes humanas. Hace unos años, en efecto, Inkeless y Rossi revisaron varios trabajos sobre el prestigio social de las profesiones en diversos países muy industrializados. Comparando los resultados de encuestas hechas en Japón, Rusia, Canadá, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, los autores citados pusieron de relieve las notorias semejanzas que existían entre los órdenes o rangos de prestigio ocupacional en los distintos países. Es decir, a pesar de la diversidad cultural, histórica y racial de países como Japón y Estados Unidos, vaya por caso, el prestigio ocupacional de las profesiones comparables es notoriamente similar. De hecho, las correlaciones de rango entre las series de profesiones comparadas oscilan alrededor de 0'80, lo que equivale a decir que las estructuras preferenciales de estos países, por lo que se refiere al ámbito ocupacional, tienen entre sí mucho más en común de lo que cabría esperar de la diversidad cultural, histórica y racial de los países comparados. La potencia determinante o unificadora de la infraestructura técnica y económica propia de la sociedad industrial se sobrepone a las singularidades nacionales, las configura con arreglo a un patrón común y hace que el prestigio de las profesiones sea muy similar en países culturalmente muy distintos.

LAS CONCLUSIONES

En fin, muchos otros ejemplos podrían aducirse como fundamento de nuestra tesis. En realidad, todo el progreso de las Ciencias Sociales cons-

tituye un impresionante testimonio a favor de la existencia de un determinismo social. La existencia de regularidades funcionales en el campo del comportamiento superior del hombre y su acusada dependencia de las condiciones ambientales, va siendo demostrada cada vez más inequívocamente por antropólogos, sociólogos, psicólogos y médicos. En los últimos decenios, por ejemplo, la Psiquiatría ha abierto nueva brecha en esta línea de trabajo, demostrando dramáticamente la existencia de factores determinantes de tipo socio-económico que influyen en la incidencia de numerosas enfermedades mentales. Los estudios de Sociología médica son, por lo demás, impresionantes en todos los terrenos. La evidencia, en fin, es tan abundante que no puede desconocerse por nadie medianamente informado³.

El problema, en suma, no es el de si existe o no un determinismo social. Nos guste o no, existe, y las pruebas de su existencia aumentan día a día a medida que se desarrollan y progresan las Ciencias humanas positivas. El problema, repito, no es tanto la demostración de tal existencia, sino su interpretación.

Varias líneas de reflexión teórica se perfilan en relación con semejante problema: Filosóficas, científicas y aplicadas. Por de pronto, los hechos que venimos comentando plantean graves cuestiones filosóficas que, por supuesto, no vamos a tratar de resolver. Hasta qué punto el orden social puede llegar a condicionar la libertad intencional del individuo, la libertad de elegir sus fines, y en qué medida los conceptos de libertad y responsabilidad individual pueden estar amenazados por el desarrollo de la civilización técnica, son problemas, repito, de gran interés y envergadura, pero que desbordan un tanto los márgenes propios de nuestra disciplina en cuanto ciencia positiva. Científicamente es muy difícil de predecir si el curso de los hechos nos llevará algún día a la comprobación de que existe un determinismo social exhaustivo, o si, por el contrario, la Psicología se encontrará ante una zona de indeterminismo análoga a la que se ha avisado en el campo de la Física. Esto el tiempo lo dirá.

Pero dejando a un lado las cuestiones filosóficas que pueda suscitar la consideración de los datos mencionados, creo que es posible señalar algunas conclusiones teóricas y prácticas, de cierto interés para el psicólogo. En el ámbito teórico, quiero recordarles a ustedes que a lo largo de esta charla hemos formulado dos proposiciones que merecen alguna atención por parte del investigador en Psicología. En primer término hemos señalado el tipo de determinismo que realmente cuenta por lo que se refiere al comportamiento superior del hombre, esto es, el determinismo intencional, de tipo finalístico, en lugar del determinismo mecanicista de tipo estímulo-respuesta.

³ En este sentido hay que mencionar los interesantes trabajos de Sociología Médica que sobre el XIX español están llevándose a cabo en el Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia, que dirige el profesor López Piñero.

El esclarecimiento de este concepto puede ayudar al investigador a buscar sus relaciones funcionales en el nivel comportamental más adecuado.

De otra parte, hemos llamado asimismo la atención sobre la dimensión del ambiente que más relevancia puede tener para una determinación de las relaciones entre el orden social y el comportamiento superior. Es la dimensión significativa del ambiente, su dimensión simbólica y no la puramente material, la que el psicólogo debe tratar de conectar con la intencionalidad de sus sujetos, si quiere reducir a sistema la espontaneidad aparente de los actos humanos.

Por último, aunque no lo hemos dicho hasta ahora, a lo anterior habría que añadir que el concepto de causalidad en Psicología hay que interpretarlo en términos de interacción, en el sentido de que si es cierto que el orden social constituido ejerce una notable influencia sobre el comportamiento de los individuos en él inscritos, también es verdad que los seres humanos configuran y modifican las estructuras sociales cuyo impacto sufren. Sin esta precisión, todo lo anterior resultaría excesivamente sombrío y desesperanzador.

Todo lo cual, traduciéndolo un tanto apresuradamente al plano de la práctica, significa que el estudio de la circunstancia social puede facilitar al psicólogo nuevos índices predictivos del comportamiento, que enriquecerán su arsenal ya copioso de pruebas de aptitud y personalidad. La primera implicación práctica de las reflexiones teóricas en que hemos venido entretenidos es, pues, un enriquecimiento de las técnicas de predicción comportamental; todo un nuevo campo, en efecto, poco explotado por los psicólogos, es susceptible de ser incorporado a la Psicología diferencial, en forma de cuestionarios biográficos, datos objetivos, variables de referencia, etcétera. Asimismo, esta manera de enfocar las cuestiones psicológicas permitirá aislar toda una serie de variables sociales manipulables, cuya modificación repercute apreciablemente en el comportamiento humano. Así, por ejemplo, en el trabajo industrial cabe operar sobre la estructura orgánica de la empresa para mejorar —o empeorar— sistemáticamente las relaciones humanas dentro de la misma. Este enfoque, que ya fue anticipado por el Psicoanálisis en lo que se refiere a la familia, puede aplicarse en zonas más amplias del orden social y de la evolución personal. Sin necesidad, pues, de esperar a que la Neurofisiología conozca en detalle los procesos de mediación entre la circunstancia social y el comportamiento personal, el psicólogo podrá acudir a la Sociología para seleccionar y manipular aquellas variables independientes que mayor influjo puedan tener en la conducta humana. Semejante orientación no sólo permitirá a la Psicología apoyarse sólidamente en otra disciplina importante, además de en la Neurofisiología, sino que probablemente podrá ayudar a ésta a orientar sus investigaciones hacia zonas de especial relevancia para comprender las relaciones funcionales entre la sociedad y el individuo.

